

Ernesto Mejía Sánchez

ADVERSOS Y REVERSOS DE JULIO TORRI

I

Evocar la figura de Julio Torri me pone en trance casi melancólico. O, al contrario, si logro hacerlo con cierta intensidad, podré revivir el éxtasis de optimismo de los veintitantos de la edad, cuando se suele ser exigente nada más con el prójimo e irrespetuoso porque sí. En 1944, recién llegado y en una Mascarones ya sin naranjos, tuve que escucharle las cátedras de Español Superior y Literatura Medieval Española; en 1945, la de Literatura Francesa Moderna. No creo haber aprendido mucho en ninguna, a no ser el deseo de fuga, realizado frecuentemente con auxilio de una ventana, barroca y altísima. Presumo que Beatriz Caso, Zarina Lacy y Aurora Flores, niñas intachables entonces (y hoy venerandas señoras de Solórzano, de Martínez de Hoyos y de Díez-Canedo, respectivamente), me vieron a veces con cierta envidia. Decir que era aburrido es decir poco; más bien era machacón, tartamudeante, miope, hipermetrope y ruborizable, a la vez. Su obsesión, los pasajes groseros del Arcipreste, del Corbacho, del Patrañuelo y los parlamentos menos edificantes de la Madre Celestina. Hacía llegar la literatura medieval hasta los romances novelescos del XVI, con tal de escandalizar a las chicas. Aquel de la doncella violada (y satisfecha) lo ponía fuera de sí:

—Esa guirnalda de rosas,
hija, ¿quién te la endonara?
—Donómela un caballero
que por mi puerta pasara;
tomárame por la mano,
a su casa me llevara,
en un portalico oscuro
conmigo se deleitara,
echóme en cama de rosas
en la cual nunca fui echada,
hízome... no sé que hizo
que dél vengo enamorada:
traigo, madre, la camisa
de sangre toda manchada...

Se le subían los colores; su voz sufría apagones, espasmos y silencios muy denunciante; bajaba los anteojos sobre la nariz o miraba por encima de ellos para atisbar mejor las reacciones del auditorio femenino. Era “el mal actor de sus propias emociones”, como él mismo escribió, o sea un hombre sincero que realmente creía en las obras literarias, aunque hiciera el ridículo. Se demoraba con sensible regusto en las más capitosas *Flores del mal*; pero, al fin, como buen solterón o cazador, no tenía muchos prejuicios: podía cobrar piezas de altanería o aves de corral, con la ilusión de un quiceañero. Todavía lo vimos, en los últimos años de Mascarones, el brazo en cabestrillo, penitencia de una *flor* callejera que lo

hizo perder el equilibrio de su bicicleta. Alguien lo sorprendió una vez en casa ajena, junto a la ventana, frente al espejo, silbando y anudándose la corbata tempranera, y le dijo algo así: —Julio, tú no vives allí. Y él contestó, rápido y tutubeante: —Entonces no soy yo—. Los amores, venturas, aventuras y desventuras de Julio Torri adquirieron en vida suya el prestigio de la leyenda. Salomón de la Selva, que sabía de estas cosas, lo llamó, ya en 1956, “tremendo violador de doncellas” (*América*, No. 70); no me extrañaría que el futuro nos lo volviera, más que un “formidable Don Juan”, un Quevedo, un Lope o un Villamediana.

II

Todavía en Mascarones, descubrimos en las librerías de viejo de la Avenida Hidalgo los *Ensayos y poemas* y *De fusilamientos*, de Torri. Fue toda una revelación. Una revelación irritante, por la sorpresiva calidad, por la inexplicable disonancia entre el escritor recién descubierto y el catedrático maniático que soportamos. Inexplicables también las lecturas que recetaba para ganar los créditos de Español Superior: el *Libro de Patronio*; *La bola*, de Rabasa, o la *Angelina*, de Delgado; *La pipa de Kif*. En los exámenes preguntaba el argumento del No. 27 de los “enxiem-





plos" del Infante Don Juan Manuel o cosas más increíbles. Más parecía inspirar "el horror de la literatura" que pretender la domesticación del neófito. Quizá pensaba ahuyentar así las falsas vocaciones y quedarse sólo con quienes atravesaran esa barrera sin sentido. Quizá era un chiste cruel o simple travesura de "nuestro hermano el diablo, duende que apaga las luces", como lo caracterizaba, tempranamente, Alfonso Reyes.

No por casualidad, los interesados en el secreto de Torri han buscado su epistolario con Reyes. Lo han publicado en fragmentos que van de 1913 a 1922 (*Espejo*, No. 7) y de 1923 y 1931 (*Capilla Alfonsina*, No. 5). El material es muy abundante; el de Reyes para Torri debe de serlo más aún y por completo desconocido. (Estuve cerca de ese tesoro, pero eché a perder, por negligencia, la posibilidad de barajar esas cartas, entreverando ambos mazos. Que alguien lo haga; será un gusto.) Una carta de Torri, de 1914, dice así: "Alfonso mío: Colecciono tus cartas; y con ellas, tus dibujos, canciones de sobremesa y romances escolares; pienso publicar en 198... 5 tomos de obras inéditas tuyas, sin permiso de los herederos del autor, quienes entre 1958 y 1973 habrán impreso la edición completa y definitiva de tus obras (40 volúmenes). Viejo como Fontenelle, escribiré conversaciones imaginarias tuyas que haré pasar por verdaderas, y daré mil noticias falsas de tu persona; pienso contar que naciste con una estrella en la frente, la cual traías después en el bolsillo del chaleco y no la mostrabas sino a tus amigos más íntimos." En 1914 Reyes sólo había publicado un libro y unos folletos, ¿cómo pudo Torri prever toda la obra de su amigo? Con humor, con fantasía, con penetración psicológica.

Todavía es más profundo cuando habla de sí mismo: "Mi esterilidad se ocupa en coleccionar epígrafes. Los tengo muy valiosos... me entretengo en coleccionar epígrafes mientras me acabo de morir de la más negra tristeza" (1913). "Yo, trabajo ahora géneros de esterilidad, como poemas en prosa, etc. Pronto te mandaré algunas composiciones. Las escribo de la siguiente manera: tomó un buen epígrafe de mi rica colección, lo estampo en el papel, y a continuación escribo lo que me parece, casi siempre un desarrollo musical del epígrafe mismo. Es como si antes de comprar un vestido, adquirieras el clavo del que lo has de colgar. En esta imagen aparece un poco absurdo mi procedimiento, pero tú descubrirás que no lo es" (1914). Aquí está el germen de aquellas páginas famosas por su precisión y finura sobre "El ensayo corto", "De la noble esterilidad de los ingenios" y "Del epígrafe", de sus *Ensayos y poemas* (1917).

Miembro del Ateneo de la Juventud, de la Generación del Centenario, no figura entre los conferenciantes de 1910, pero sí como colaborador anónimo de la *Antología* de esa fecha, y esto lo sabemos a última hora, por nota póstuma de Reyes: "Julio Torri y yo colaboramos un poco, anónima y voluntariamente, en la *Antología*", recordó Reyes el 5 de noviembre de 1958, según el

Anecdótico póstumo de diez años después. Por esos días Torri me confiaba, solicitado por mis preguntas, que toda esa Generación del Centenario era pura invención (de Alfonso, de Vasconcelos, de Pedro); que era cierto que se reunían a conversar, pero que todo terminaba en unas juergas de miedo y durmiendo en casas ajenas. Así era él, demoledor de cualquiera cosa que pudiera erigirse en estatua. Esa buena salud lo acompañó, lo salvó, en los penúltimos días, que realmente no fueron buenos.

III

"Yo, profesor adjunto de Lengua y Literatura Españolas en Altos Estudios", le comunica a Reyes en 1913. "Soy profesor desde hace un mes en la Preparatoria. Ya he recibido el bautismo de sangre (perdona), o sea el primer gisazo. Urbina y Pedro creen que soy un buen profesor. (Yo también.) Tengo cuarenta discípulos, y en materia de *todas las cosas*, están en blanco... A causa de ser deliciosamente confuso en mis explicaciones, y envidiamente desordenado (¡oh manes de Ruskin y D. Marcelino!) los cuarenta niños no aprenden nada. No importa. Una generación en México ignorará si el poema de Yuçuf fue escrito en Toledo o en el Bajo Aragón... Alfonso: tengo un grandísimo temor: que al revés del cuento de Stevenson, me convierta cada vez más en el Dr. Jekyll. Mi cátedra me será funesta. Tal vez más seriamente que a mis alumnos" (1914). Aquí recordamos de inmediato "El maestro" de *Ensayos y poemas*, y "La humildad premiada" y "Le poète maudit" de *De fusilamientos* (1940).

En carta no publicada aún, de 24 de diciembre de 1913, inquiere sobre los proyectos literarios de su amigo lejano: "¿Qué has escrito, Alfonso? ¿Qué me dices de tu primera novela? ¿En cuál de las siete esferas? ¿Cuándo te pones a escribir algo como *Los Macías* o *La reliquia*? Tienes muchísimo talento..." Lo cierto es que Reyes publicó sus primeras ficciones tres años después que Torri sus *Ensayos y poemas*; *El plano oblicuo* y los *Retratos reales e imaginarios* sólo aparecieron en 1920. En 1917, escribe otra vez a Reyes: "Te envío ya ejemplares de mi libro *Ensayos y poemas*." Uno de ellos lo dio Reyes a Nervo. Nervo le escribe el 6 de octubre de 1917: "Mi querido Alfonso Reyes: le agradezco muy de veras el envío de los *Ensayos y poemas* de Julio Torri; es un librito por todo extremo simpático, de un humorismo a la inglesa, que no desdeñaría el paradógico e imprevisto Marcelo [Schwob]. / ¿Recuerda usted *Le vigneron dans la vigne*, de Jules Renard? Pues no le son inferiores los *Ensayos*. / Me alegro de conocer a un joven compatriota que tiene tanto talento..." El mismo día envió una tarjeta postal de su puño y letra al propio Torri. Como se ha publicado con algunos descuidos (*Nivel*, No. 25, 25-I-1965), en un homenaje a Torri, quiero copiarla aquí de su original, como lo hice en vida del maestro, pues me lo facilitó con toda gentileza:

b842958



TARJETA POSTAL

UNIÓN UNIVERSAL DE CORREOS
(CARTE POSTALE.—UNION POSTALE UNIVERSELLE.)

ESPAÑA

OCT 17



Dep. 3039

Mexico

Madrid, 6 de octubre 1917

Al señor don Julio Torri

Ap[artado] 3039

México.

Estimado amigo,

Alfonso Reyes me envió sus *Ensayos* y los leí de un tirón, saboreándolos como buen gourmet que soy de este género de literatura agrídulce, con su tinte de filosofía.

Es un librito por todos conceptos precioso, que revela ya a un escritor consciente, cabal, dueño de las palabras y del estilo, con lectura vasta, moderna y bien digerida.

Resbala por todas las páginas un humorismo elegante, fino, sutil, a la inglesa, graciosamente paradógico y lleno de agilidad.

Mi enhorabuena más cordial.

Pronto le enviaré mi libro en preparación: *La cosecha*, que ahora publica *La Nación*, en capítulos.

Muy suyo.

A. Nervo.

En otra carta de Torri a Reyes, fechada en "México, un día claro de noviembre" y que por el matasellos de recepción sabemos que fue el 10, se refiere a la correspondencia del día: "Acabo de recibir tu última [carta] en que me dices cosas tan gratas de mi

libro. Para un primerizo como yo, esto es para perder la cabeza... Acabo de recibir una amabilísima tarjeta postal de Nervo. Me llama 'estimado amigo'. (¡Esto es demasiado fuerte para mí!) Casi me desvanecí al leerla. ¿Qué debo hacer? ¿Le debo contestar dándole las gracias, o me debo callar y no molestar su atención tan bondadosa? Creo que debo hacer esto último..." (1917).

Por seguro fue lo que hizo: callar. No recuerdo haber visto carta de Torri a Nervo en el archivo del poeta que se conserva en la Capilla Alfonsina. Pero sí un documento en casa de Torri, del que me habló muchas veces y me ofreció copia igualmente, y por descuido no conseguí, en el que se habla —jurídicamente— del penúltimo amor de Nervo. Torri quería devolverlo a la Procuraduría, de donde (¿por piedad?, ¿gratitud?, ¿travesura?, ¿malicia?) lo había sustraído en tiempos de su "gloriosa carrera de burócrata", como él decía. El caso es que Nervo, llegado a México en julio de 1918 y vuelto a ir en marzo de 1919, tuvo trato con Torri en ese entreacto, y éste pudo servirlo en un negocio de particular intimidad. Nervo quería liberarse de la tutoría de su hijastra para casarse con ella misma. (Esto a Torri lo divertía mucho.) Y se redactó ese documento, que a la muerte de Nervo, pocos meses después, vino a dar a las manos de Torri. Empero, pensaba devolverlo antes de morir, no sin dejarme copia en que apurase las correspondencias que gusto hallar entre la vida y la obra de un escritor, como aquí se está viendo.

IV

A la publicación de mis *Romances y corridos nicaragüenses* (1946), di un ejemplar a don Julio Torri, y me ofreció una reseña. No he logrado hallarla entre mis papeles, por lo que juzgo tal promesa como una alucinación de mi parte. Sin embargo, en la vida real esa coyuntura me abrió las puertas de su casa y de su biblioteca, que disfruté varios años provechosamente. Trabajaba entonces en *Los primeros cuentos de Rubén Darío* y necesité grandes dosis del romanticismo, del Parnaso y del simbolismo, ediciones de Lemerre, Charpentier, Vanier y del *Mercure*, que sólo él poseía. De cierto, casi todo el trabajo lo hice en su casa y de no ser así nunca lo hubiera realizado. Su cortesía, tímida y abundante a la vez, me permitió conocer los rincones de su casa y quizá de su alma. Fotografías, cartas, dibujos, lo que suele acumularse en una vida de estudio y soledad, me fueron abriendo otras puertas, las de su creación personal y de su espíritu lúcido, ardiente, eficaz y sin tapujos. Haber sido testigo de su quehacer doméstico, sentarse a su mesa, modesta y limpia, leerlo siempre como cosa nueva, cuentan en mi existencia entre los placeres más honestos y extremados que se me han otorgado. Pudo ser un "mal actor de sus propias emociones", pero fue el mejor señor de su casa y de su estilo. Y eso no es poco en tiempos tan desalmados.

Mad. Oct. 1917
Estimado amigo,
Alfonso Reyes me envió sus *Ensayos* y los leí de un tirón, saboreándolos como buen gourmet que soy de este género de literatura agrídulce, con su tinte de filosofía.
Es un librito por todos conceptos precioso, que revela ya a un escritor consciente, cabal, dueño de las palabras y del estilo, con lectura vasta, moderna y bien digerida.
Resbala por todas las páginas un humorismo elegante, fino, sutil, a la inglesa, graciosamente paradógico y lleno de agilidad.
Mi enhorabuena más cordial.
Pronto le enviaré mi libro en preparación: *La cosecha*, que ahora publica *La Nación*, en capítulos.